

Cuidando a los ancestros:  
Rasgos mortuorios  
precolombinos  
en cerro Juan Díaz,  
Los Santos

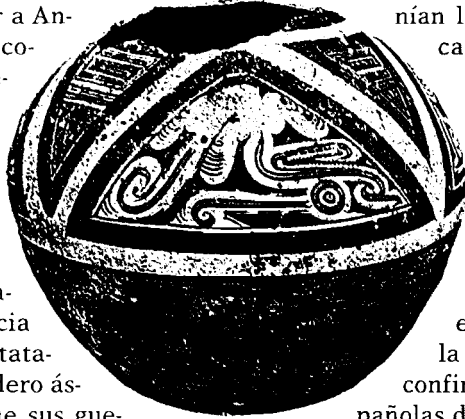
*Richard Cooke*

A 30 kilómetros de Sitio Conte, en la costa sur de la Bahía de Parita y a orillas del río La Villa, se encuentra cerro Juan Díaz, un sitio arqueológico que atesora 1800 años de historia.



## La muerte inoportuna del cacique Antatará

En el año 1516, el capitán español Gaspar de Espinosa salió de Santa María La Antigua a la cabeza de un pequeño grupo de soldados, cruzó la serranía hasta las llanuras del Pacífico y luego marchó hacia “poniente”, sometiendo, atormentando y ajusticiando a caciques recalcitrantes. El móvil de esta incursión era castigar a Antatará, conocido también como París, un guerrero renombrado que el año anterior había “desbaratado” las huestes de Gonzalo de Badajoz, quitándoles el oro con el que esperaban conseguir prebendas de regreso a Darién. Después de una recia batalla en las sabanas, Antatará se replegó al “despeñadero áspero de un cerro”. Aunque sus guerreros fueron diezmados por los arcabuces y espadas de los españoles, el cacique escapó. Irónicamente, el sanguinario Espinosa nunca disfrutó el apresamiento de su rival indígena, porque cuando volvió a verlo no lo encontró con vida, sino disecado, envuelto en



mantas pintadas y ataviado con muchas piezas de oro: tenía en la cabeza un yelmo, al cuello cuatro o cinco collares “hechos a la manera de gorjal”, en los brazos y piernas “armaduras hechas como cañones” y en la espalda muchas “patenas”. La mujer que yacía a los pies del cacique y otras que estaban a la cabeza de este, también vestían alhajas de oro. Otros envoltorios contenían los restos mortales de dos caciques engalanados con joyas, aunque no “tan rica ni tan apuestamente”, los que según Espinosa “habían sido y sucedido después de Antatará y habían muerto.”

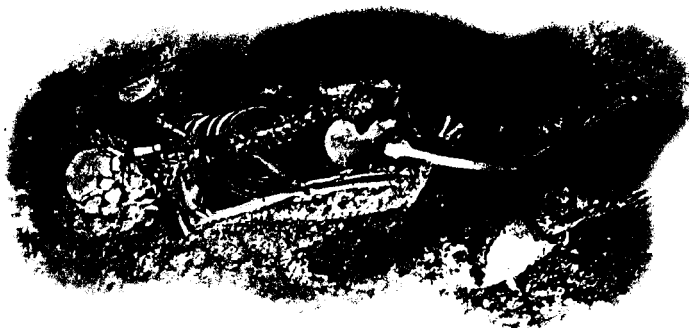
Descubrimientos hechos en sitios arqueológicos en la misma región de Panamá confirman las observaciones españolas del siglo XVI. En el cementerio precolombino de Sitio Conte, cuyas tumbas abarcan desde el año 750 hasta el 950 después de Cristo (d.C.), se encontraron más de 1000 objetos de oro. Sin embargo, tan sólo las sepulturas complejas y opulentas contenían la misma categoría de alhajas

Arriba: Vasija policroma del estilo “Macaracas” del Gran Coclé (850-1000 d.C.) hallada en el “rasgo 4” de la operación 4. Foto: R. Cooke.

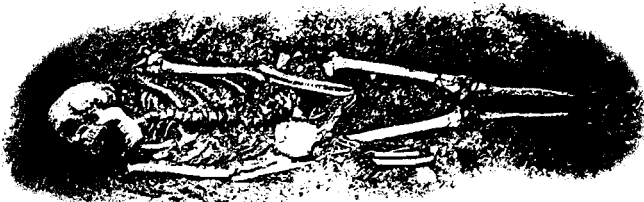
Abajo, izquierda: Los habitantes de Cerro Juan Díaz tenían diferentes formas de preparar a sus muertos, como se evidencia en la tumba 1 de la operación 4. Una urna funeraria tapada con otra vasija contenía los restos de un infante recién nacido.

Derecha: Restos de una mujer adulta enterrada de modo “primario” y en posición flexionada, además de los huesos desordenados de tres infantes y seis adultos, incluyendo una ofrenda de cuatro cráneos. Fotos: M. Guerra, izq., R. Cooke, der.





Izquierda: Enterramientos primarios encontrados en las excavaciones de la Operación 4 de Cerro Juan Díaz.



Página opuesta: Las excavaciones en cerro Juan Díaz comenzaron en 1992 cuando la Dirección de Patrimonio Histórico del INAC solicitó a Richard Cooke que organizara un proyecto de investigación a fin de detener la huaquería. Los arqueólogos del proyecto han realizado ocho operaciones en campo. La mayor parte de las sepulturas se hallaron en una plataforma de tierra en el lado sur del cerro.

que Espinosa observó en el cuerpo de Antatará: yelmos, discos, brazaletes, polainas y cintas. En Sitio Conte el 94% de los 93 esqueletos humanos cuya edad los antropólogos físicos pudieron calcular, eran adultos. De ellos, el 80% masculinos y el 20% femeninos. Las personas más importantes en cuatro sepulturas de inusitado esplendor eran hombres, dos de ellos de avanzada edad. No se hallaron restos de niños o bebés.

Los caciques panameños que se opusieron a los españoles en la época de Espinosa y Pedrarias se ataviaban con piezas de oro cuando salían a guerrear. En el enfrentamiento entre Espinosa y Antatará, un “capitán” indígena acudió a ayudar al cacique “armado” con muchos discos y puñetes puestos sobre una gruesa chaqueta de algodón. En una escaramuza posterior en Veraguas, el cacique Pocoa anduvo delante de “500 guerreros” con un gran disco de oro en el pecho y lanzas en ambas manos porque, según Fernández de Oviedo, era “costumbre en aquellas partes que los caciques y hombres principales traigan en la batalla alguna joya de oro en los pechos o en la cabeza o en los brazos para ser señalados y conocidos entre los suyos y aún entre sus enemigos.”

Los arqueólogos no han encontrado, en ningún sitio de la provincia arqueológica llamada “Gran Coclé”, restos mortales de niños o mujeres tan “apuesta y ricamente” ataviados como los “hombres alfa” de Sitio Conte, lo que sugiere que en la sociedad precolombina de esta región de Panamá, el status social y la riqueza no se heredaban, sino que se alcanzaban o ganaban por méritos propios. Los caciques de mayor habilidad (o suerte) lograban atesorar en vida impresionantes cantidades de artículos suntuosos. (Algunos comentarios hechos por cronistas españoles del siglo XVI sugieren que cuando un guerrero mataba o capturaba a un enemigo, se quedaba con todos los atavíos de este y sus familiares).

Si Sitio Conte era la necrópolis de los guerreros y sus mujeres, ¿dónde enterraban los indígenas precolombinos a sus niños y adolescentes, y a los miembros comunes y corrientes de sus comunidades?

#### Rituales mortuorios en cerro Juan Díaz

A 30 kilómetros de Sitio Conte, en la costa sur de la Bahía de Parita y a orillas del río La Villa, se encuentra cerro Juan Díaz (*ver*

## Cerro Juan Díaz Los Santos Panama

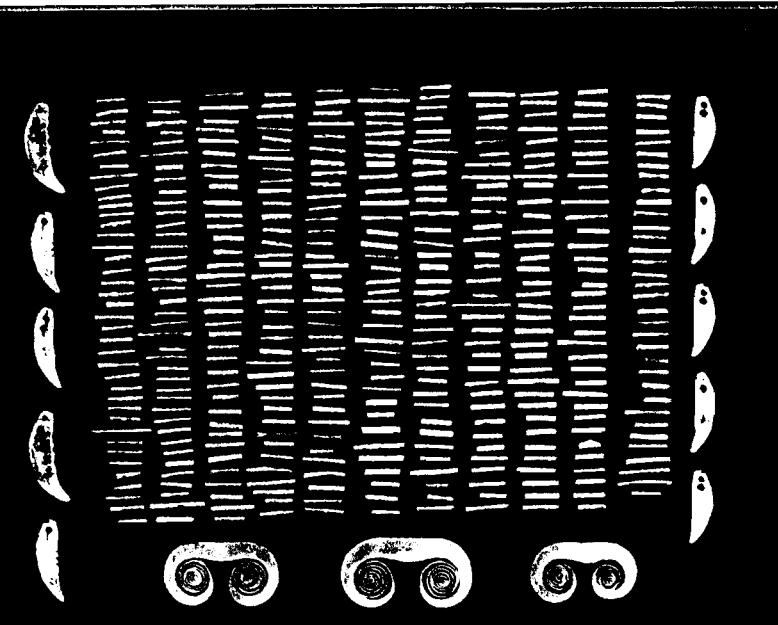


mapa en la página 32), el cual durante su historia de 1800 años fungió tanto de aldea o asiento como de sitio ceremonial y funerario. La cima del cerro es bastante plana y las laderas son empinadas solamente en el extremo noroeste (tanto así que este sitio bien pudo haber sido aquel “despeñadero áspero de un cerro” al que se replegó Antatará en 1517). En la ladera sur hay una especie de plataforma, la cual según excavaciones dirigidas por el arqueólogo quebequense Benoit Desjardins, fue acoplada por los indígenas como un área ritual aplanándola y reforzándola con crudos muros de piedras.

En Sitio Conte casi todos los difuntos recibieron un entierro “primario”, es decir, inmediatamente después de morir sus cadáveres eran colocados en una sepultura previamente preparada, decúbito, en posición fetal o sentados en un banco de piedra o madera. En cerro Juan Díaz se ha reportado una mayor variedad de modos de preparar y enterrar a los muertos. Además, un porcentaje bastante alto de la población mortuoria de este sitio comprende neonatos, niños, adolescentes y mujeres. Mediante el análisis de 115 esqueletos procedentes de la operación 4 en la plataforma (ver mapa, arriba),

la antropóloga física Claudia Díaz determinó que 64 esqueletos eran adultos y 51 sub-adultos. El 42% de los sub-adultos eran infantes de cero a cuatro años. El 60% de los 34 esqueletos adultos cuyo sexo pudo identificarse correspondieron a mujeres. Esta proporcionalidad de edades y sexos es muy distinta a la que se registró en Sitio Conte.

En cerro Juan Díaz algunos difuntos eran enterrados de manera “primaria”, al igual que en Sitio Conte. Sin embargo, mucho más frecuente en aquel sitio es el entierro “secundario”, es decir, primero se preparaba el cadáver disecándolo o esperando que se descarnara a la intemperie o bajo suelo; luego los huesos eran colocados en sepulturas previamente construidas, o en una urna de barro, o envueltos en telas de corteza. Hallazgos de huesos calcinados sugieren que algunas personas, especialmente niños, eran cremadas. Al parecer, muchas tumbas permanecían abiertas bastante tiempo para reutilizarlas de modo que estas contenían variados tipos de entierros. En algunas se encontraron juntos, tanto entierros primarios -extendidos y flexionados- como secundarios, en envoltorios o en urnas, así como cráneos humanos incluidos como ofrendas.



Arriba: Es posible que estos colmillos de jaguar y puma, láminas de tumbaga y cuentas de conchas *Spondylus* formaran parte de un delantal enterrado con un chamán o curandero  
Foto: R. Cooke.

A la derecha: El 'rasgo 4', la sepultura más grande de la plataforma.  
Foto: R. Cooke.



### Primera fase de entierros (200-600 d.C.)

Los entierros más antiguos en el cerro Juan Díaz fueron descubiertos por los arqueólogos Luis Sánchez y Adrián Badilla en el sector oeste de la plataforma, debajo de un arreglo circular de hoyos ovalados revestidos con piedras angulares y rellenos de arcilla quemada, ceniza y mucho carbón vegetal. Según Gaspar de Espinosa, el cadáver del cacique Antatará fue disecado al calor, por lo que es posible que estas estructuras -únicas en Panamá- hubiesen sido hornos mortuorios. Se construyeron entre el 600 y el 750 d. C., sobre un grupo de sepulturas excavadas por los indígenas a través de la roca madre. Dos contenían los restos de personas enterradas de modo "primario" y otras dos, muchos envoltorios "secundarios" de huesos atiborrados en fosas cilíndricas. Si bien en Sitio Conte las vasijas de barro eran, con creces, las artesanías funerarias más abundantes, ninguna de ellas ha sido encontrada en las tumbas múltiples más antiguas de cerro Juan Díaz, cuyas ofrendas consistieron en pequeños adornos personales hechos de metal, piedras pulidas, perlas, huesos, dientes de felinos y perros, y conchas marinas.

Uno de los envoltorios en la tumba número 16, que cubría los restos de un adulto y un adolescente, contuvo artefactos que parecen ser simbólicos de algún status especial: una argolla de cobre, dos collares de dientes de puma (*Felis concolor*) y tigrillo (*Leopardus pardalis*), y dos espléndidas barras de piedra pulida. Semejantes artefactos podían indicar que estas dos personas ostentaban un rango social superior al de los otros difuntos en la misma tumba, cuyo ajuar funerario era, al parecer, más modesto. Sin embargo, en vista de que a cada muerto en la tumba 16 se le dio un tratamiento mortuorio idéntico, es posible que la unicidad del atuendo refleje un *oficio* diferente, quizás el de un chamán, o curandero, y su aprendiz.

En las tumbas que recibieron entierros primarios sí se hallaron vasijas, aunque pocas: en una de ellas (ocupada por una mujer joven) tres tazones decorados con diseños geométricos y de animales y, en la otra, dos incensarios cuyo dueño, un hombre adulto, también poseyó en vida un atavío compuesto de cuatrocientas cuentas de conchas coloradas del género *Spondylus*, 25 dientes de puma y jaguar y dos o tres piezas de tumba-

ga (aleación de oro y cobre) martillada con espirales divergentes. ¿Otro chamán o curandero? Es posible, aunque para confirmarlo sería necesario ampliar la muestra de entierros de esta época (500-750 d.C). Se puede encontrar más información sobre estas sepulturas y sus artes mortuorias en el portal o "página web" del Proyecto Arqueológico Cerro Juan Díaz: [www.geocities.com/CollegePark/Residence/3863](http://www.geocities.com/CollegePark/Residence/3863), y en el portal del Instituto Smithsonian (STRI).

### Segunda fase de entierros (750-1000 dC)

En la excavación de la Operación 4, al extremo opuesto de la plataforma, a cargo del arqueólogo japonés Koichi Udagawa, se descubrió otro grupo de entierros que, según fechamientos radiocarbónicos y el estilo de la cerámica pintada enterrada, abarcan aproximadamente del 750 al 1000 d.C. Esto quiere decir que son más o menos coetáneos con el cementerio de Sitio Conte. En otros aspectos son muy diferentes. El ajuar funerario de los 160 individuos hallados en esta excavación es escaso y sencillo: uno que otro collar con pequeñas cuentas de concha, piedra y oro, herramientas de hueso, hachas, vasijas monocromas y pintadas y ofrendas de alimentos, como pescado y moluscos. En términos estrictamente materiales, se podría afirmar que estos entierros correspondían a "gente pobre".

Desde un punto de vista conceptual, sin embargo, la organización espacial de este emplazamiento mortuario y la diversidad de los tratamientos fúnebres aluden a un mundo espiritual bastante complejo. Se pusie-

ron en evidencia cinco clases de sepulturas variables en tamaño, forma, profundidad, modo de enterramiento y clase de ofrendas. Las más simples y superficiales contenían esqueletos extendidos, rara vez acompañados de ofrendas. Otras tumbas, como mencionamos, eran sumamente complejas. El denominado Rasgo 4 fue la sepultura de mayor envergadura, cantidad y variedad de enterramientos, incluyendo los restos de un gran sahumero realizado en el ensanchado piso de la fosa, a 4 metros de profundidad (la urna funeraria policroma que se muestra en la página 39, hacía parte de este ritual).

Aparte del enterramiento primario extendido, característico de esta segunda fase, todas las formas de disponer los cuerpos de la etapa temprana se repitieron. Osarios apilados en el fondo de las fosas fueron muy comunes, así como el arrimar cráneos (hasta en grupos de cuatro) a los últimos ocupantes de la fosa, tal vez como símbolo de afiliación familiar. Los entierros en envoltorios contuvieron únicamente los restos de niños menores de 9 años o de adultos mayores de 40 años. En el "Rasgo 4", Koichi Udagawa identificó 42 eventos deposicionales relacionados con el entierro de al menos 29 individuos. La posición de las inhumaciones primarias y sencillas arregladas alrededor del borde de esta bóveda sugiere que se mantuvo abierta bastante tiempo, tal vez protegida por una enramada. Es verosímil que haya sido propiedad de un grupo específico, como una familia extendida o un linaje. Cada entierro nuevo perturbaba los anteriores, cuyos esqueletos eran recogidos y arrimados contra las paredes de la tumba.



En la tumba 16 de la operación 3, los adornos de mayor valor se encontraron junto a un hombre adulto: una argolla de cobre, cuentas de conchas "Spondylus" en forma de animales y dos barras de piedra pulida. La argolla de cobre mide 5 cms de diámetro y la barra de piedra más grande, 25 cms.  
Foto: R. Cooke.

En resumidas cuentas, el número y la calidad de los objetos imperecederos que se depositaron en las tumbas de los tres emplazamientos de cerro Juan Díaz son, desde un punto de vista materialista y estético, inferiores a los que acompañaron a los “hombres alfa” de Sitio Conte. Aquí no se encontraron los yelmos, brazaletes, gorjales y pu-



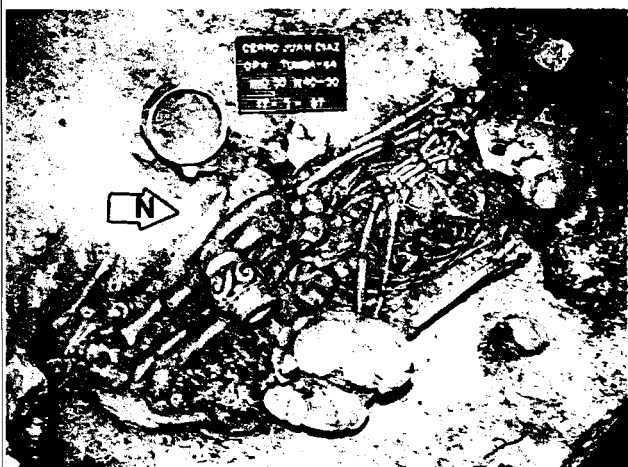
El arqueólogo Luis Alberto Sánchez limpia entierros “secundarios” depositados en una fosa cilíndrica. Esta sepultura (tumba 2, operación 3) fue utilizada tres veces para enterrar a unas 25 personas adultas y adolescentes. Foto: A. Badilla.

ñetes de oro, ni los colmillos de cachalote esculpido, que simbolizaban el “poder ganado”. Aún así, tanto la organización del espacio de los entierros, como el empleo coetáneo de muchas formas de arreglar y enterrar a los cadáveres, indica que no sólo la gente pudiente en el “Gran Coclé” precolombino cuidaba de sus ancestros. La evidencia obtenida en cerro Juan Díaz señala que ciertos artefactos y ciertos modos de emplazar a los cadáveres no aluden al rango social, sino al oficio del difunto o a su edad. Pensamos que algunos objetos hallados en los entierros más antiguos podrían haber sido usados por un chamán o curandero. Todas las urnas funerarias en el cerro contuvieron restos de infantes o niños. El “Rasgo 4”, la sepultura más profunda de la plataforma, reportó a las personas de mayor edad en el cementerio: dos adultos mayores de 50 años y una mujer de más de 60 años.

#### Salud, nutrición y la inusitada deformación de un cráneo (750-1000 dC)

Los esqueletos humanos representan una mina de información, no sólo sobre las costumbres culturales de una población antigua, sino también su salud y nutrición. En la muestra obtenida de la Operación 4, Claudia Díaz identificó un achatamiento anormal de la parte superior del cráneo en dos mujeres, una de edad estimada entre 20 a 24 años y otra de 45 a 50 años. La similitud de la anomalía en ambos individuos sugiere una costumbre de alterar el cráneo por medio de una compresión vertical (cuando el individuo era joven y los huesos aún no se habían fusionado). Hasta la fecha han sido los únicos casos arqueológicos documentados en Panamá y hasta donde sabemos en la Baja América Central.

Aproximadamente el 94% de la población adulta sufría de caries, mientras que en menores proporciones padecían de cálculos dentales, abscesos, periodontitis e hipoplasias. A veces estas dolencias condujeron a la pérdida de varias piezas dentales. El caso más extremo fue el de una mujer de 20 a 24 años, que al morir había perdido casi todos sus dientes. Posiblemente algunos abscesos conllevaron mortales infecciones bacteriales. Las hipoplasias -interrupciones del esmalte dental durante el desarrollo de los



Esta mujer de 40 a 45 años de edad fue enterrada en posición flexionada y de modo “primario” junto con una vasija modelada y dos policromadas. Este entierro (tumba 44, operación 4) data del 750 al 950 d.C. Foto: K. Udagawa.

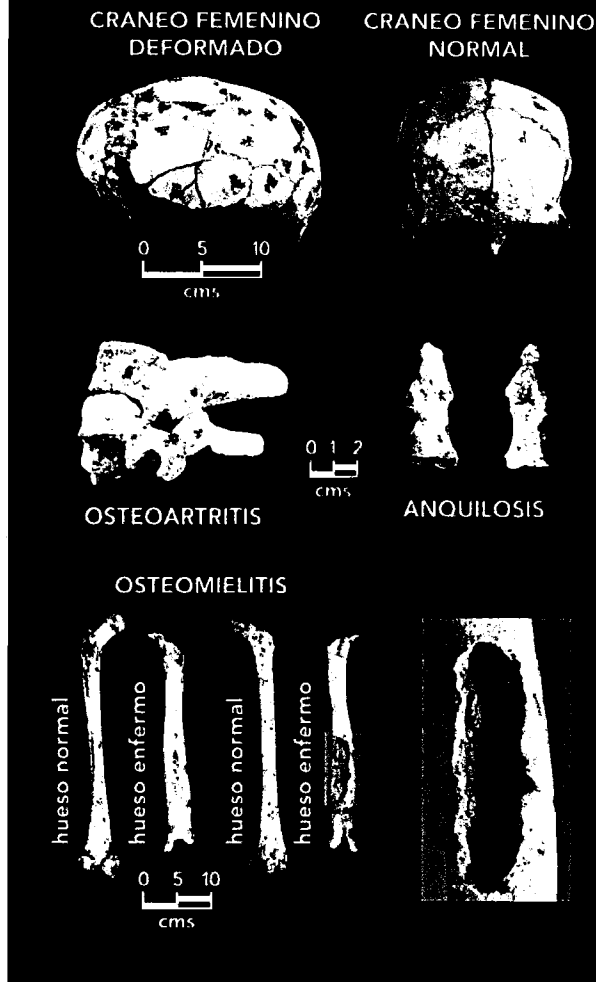
dientes permanentes- están relacionadas a un estrés metabólico sistemático por desnutrición, enfermedad o fiebre; están presentes en un 9% de la muestra de esqueletos. Se registraron diez casos de osteoartritis, incluido un caso de anquilosis (fusión de los huesos de dos dedos) en un hombre de 35 a 40 años. Una mujer de 20 a 24 años presentó síntomas de osteomielitis y siete individuos de periostitis, una afección menos grave que aquella.

Si bien la población del segundo cementerio de cerro Juan Díaz presenta un alto índice de mortalidad infantil, este no es fuera de lo común entre las poblaciones agrícolas precolombinas. Aunque hay evidencia de estrés nutricional, la frecuencia de infecciones en los huesos es baja. También lo es la incidencia de los traumas resultantes de los conflictos bélicos. Algunos se preguntarán por los supuestos guerreros ricos de Sitio Conte, que peleaban ataviados con prendas de oro. Desafortunadamente, los arqueólogos que excavaron este lugar en los años '30 y '40 no recogieron los restos óseos, por lo que habría que aguardar otra excavación en el sitio o en otro similar, para verificar la existencia de heridas de guerra.

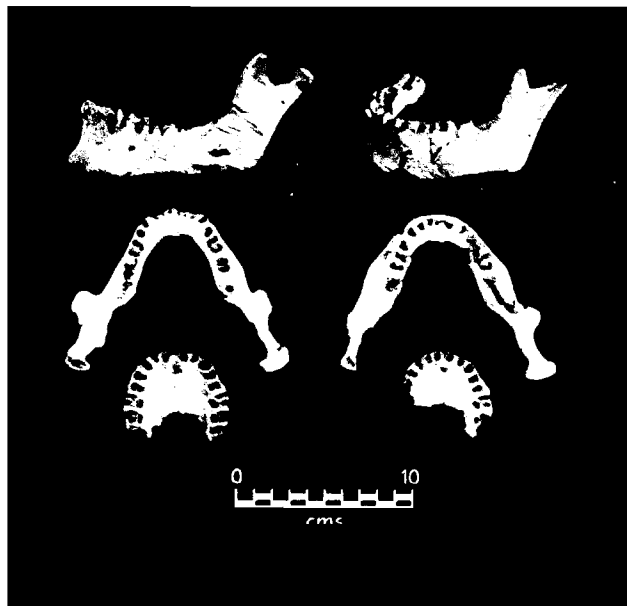
### Un extraño ritual y una posible casa mortuoria

En algunos sitios arqueológicos de la provincia arqueológica del "Gran Coclé", como Finca Calderón, Herrera, se han encontrado grandes cantidades de muelas humanas perforadas por la raíz, lo que alude a su uso en la confección de collares. Resulta interesante, por ende, que las únicas ofrendas observadas en el tercer emplazamiento funerario en cerro Juan Díaz, hayan consistido en huesos maxilares y mandíbulas humanas, cuyos dientes habían sido extraídos *post mortem*.

Cuando estas mandíbulas y huesos maxilares humanos fueron depositados como ofrenda ritual, ya se les habían extraído las piezas dentales, que fueron usadas posiblemente para hacer collares. Las cortadas visibles en algunas mandíbulas sugieren que cuando se prepararon para la ofrenda, los tejidos blandos no estaban completamente descompuestos. Foto: R. Cooke.

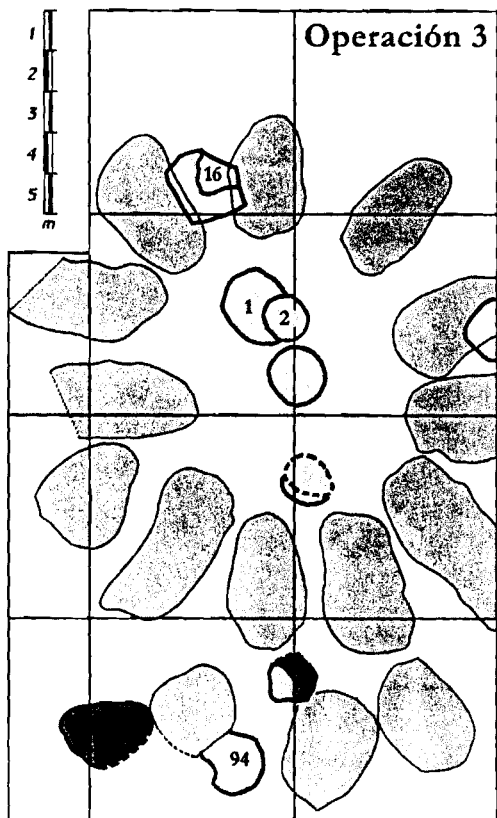


Los huesos humanos hallados en tres tumbas en Cerro Juan Díaz, dan información sobre la salud de sus habitantes. También nos hablan de algunas prácticas culturales como las deformaciones de cráneos. Investigación y foto: Claudia Díaz.





## HORNOS Y TUMBAS CERRO JUAN DÍAZ



hornos

tumbas debajo de hornos

● tumbas sobre hornos



Estos fueron descubiertos por el arqueólogo kuna Aguilardo Pérez y estudiantes de la Universidad de Londres en la Operación 31, dentro de ollas monocromas, pertenecientes a 28 vasijas colocadas sobre un piso de arcilla. Dos ollas están ilustradas en la portada de este ensayo.

Adyacente a este hallazgo hay un pequeño montículo rocoso, que según una minuciosa excavación realizada por Claudia Espejel y Diana Carvajal, fue acomodado por indígenas en el siglo XIV d.C. para erigir una estructura redonda de unos 15 metros de diámetro, cuyos postes centrales se quemaron. Su piso de arcilla apermasada también estuvo sujeta al calor. La escasez de restos de comida (y otros desechos que son característicos de las viviendas), además del hallazgo de dientes y fragmentos de huesos empotrados en el piso, sugieren que esta estructura pudo haber sido una casa mortuoria del tipo que, de acuerdo a las crónicas españolas, albergaba cadáveres de ancestros “embalsamados”.

El “lío luengo” que cubría los restos mortales de Antatará reposaba según Gaspar de Espinosa en semejante casa mortuoria. Se dijo al principio que el barranco en el extremo noroeste del cerro pudo haber sido el “despeñadero áspero” donde Antatará trató de repeler a los españoles. Este cacique tenía dos “asientos”, el “viejo y el nuevo”. Detalles topográficos registrados en las crónicas sugieren que el “asiento viejo” quedaba cerca del sitio arqueológico Finca Calderón a orillas del río Parita, donde se descubrió, en los años ‘50, una especie de plazuela rodeada de montículos funerarios. Es posible que por su tamaño y ubicación cerro Juan Díaz hubiera sido el “asiento nuevo”, incluso el mismo lugar donde Espinosa interrumpió los funerales de su rival fallecido.

Los entierros más antiguos en la plataforma se encontraron debajo de un arreglo circular de estructuras revestidas con piedras angulares las cuales posiblemente fungían como hornos para disecar a los muertos.  
Foto: Luis Sánchez.